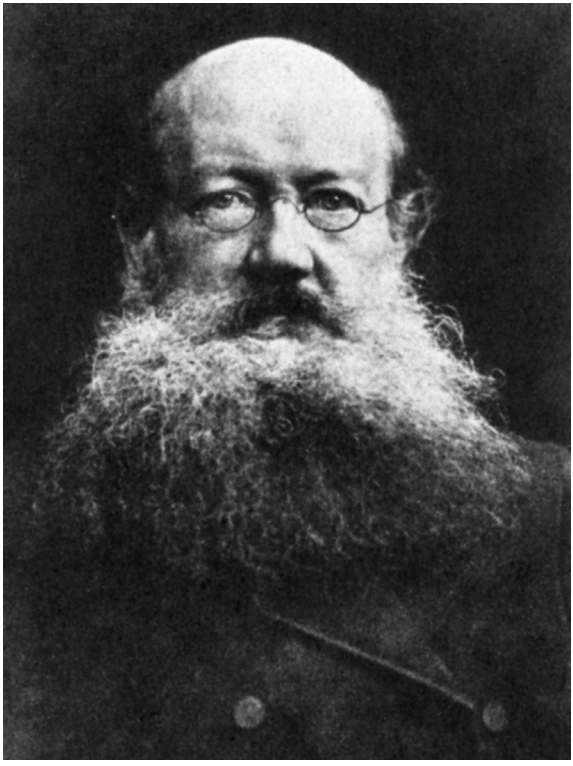
Memorias de un revolucionario



Piotr Kropotkin

Memorias de un revolucionario

Introducción: T. S. Norio
Traducción: Pablo Fernández-Castañón Uría

krk ediciones • 2023

Tras 3 Letras

Primera edición: 2005
Segunda edición: 2010
Tercera edición: 2023

Revisión de la traducción, Eduardo Viñuela Suárez
Revisión de términos rusos, Agata Orzeszek
Fotomecánica: Jordi Henares
Tipografía y diseño de cubierta: Mauro Díaz
Al cuidado de la edición: Ricardo Menéndez Salmón
© de la traducción, Pablo Fernández-Castañón Uría
© de la introducción, T. S. Norio

© de esta edición, Krk Ediciones
Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo
www.krkediciones.com
ISBN: 978-84-8367-790-2
D.L.: AS-4589-2004
Grafinsa. Oviedo

Índice

Introducción, por T. S. Norio 9

Memorias de un revolucionario

I. Infancia 89
II. El Cuerpo de Pajes. 207
III. Siberia 349
IV. San Petersburgo, el primer viaje al extranjero . . 471
V. La fortaleza. La fuga 673
VI. Europa occidental 731

Índice onomástico 941
Índice de capítulos. 961

Introducción

T. S. Norio

Ecos de sociedad

Entre los pasajeros que llegaron ayer a la isla en el *Gazelle* estaba el príncipe Kropotkin, quien fue hace algunos años, como se recordará, figura prominente en la arena política europea y un notable líder revolucionario ruso. Nacido en Moscú en 1842, fue en su tiempo, según el *Anuario Hazell*, ayuda de campo del gobernador militar de Transbaikalia (1863-67), época en la que realizó numerosos viajes por Siberia y Manchuria. Desde 1866 hasta 1872 estudió en la Universidad de San Petersburgo, y se afilió a la sección más avanzada de la Asociación Internacional de Trabajadores ese último año, en Bélgica. De vuelta a Rusia, tomó parte en la «conspiración Chaikovski»; fue arrestado en 1874, y después de dos años de prisión, consiguió escaparse a Inglaterra. En 1879 fundó el periódico anarquista *Le Révolté*, en Ginebra, de donde fue expulsado en 1881. Entonces, comenzó una cruzada contra el gobierno ruso en los

periódicos de Francia y de Inglaterra. En 1882, mientras se encontraba en Thonon de visita, fue condenado por la policía correccional de Lyon a cinco años de prisión por participar en la Asociación Internacional de Trabajadores; este duro castigo fue motivado debido al deseo del gobierno francés por reconciliarse con Rusia. Fue liberado en 1886, y volvió a Inglaterra, donde durante el pasado año ha dictado conferencias sobre temas socialistas en varias partes del país. Es muy conocido como un asiduo colaborador de las revistas científicas, en cuestiones de geografía, etnografía y otros temas, y es tenido como un partidario de los puntos de vista ultrarrevolucionarios, y como representante de la rama más anarquista del Partido Nihilista Ruso. El príncipe, que tiene fijada su residencia en Harrow, había permanecido en la hermana isla de Guernsey desde la mañana del martes, donde se hospedó en el hotel Gardner's Royal. Su visita a Jersey, al parecer, tiene un carácter estrictamente privado, y se debe sobre todo a su propósito de convalecer de un reciente ataque de gripe. El príncipe, que se aloja en una residencia privada, ha venido solo, pero hoy le acompañó un amigo de Suiza. Por lo que hemos sabido, se encuentra encantado de lo que ha visto hasta el momento en la isla.

Jersey Times, 2-5-1890

Revolucionario profesional

Marzo, 1874. Piotr Alexéievich Kropotkin, de 32 años, retoño de la familia principesca de los Smolensk, hijo de un general («un típico aristócrata de la Rusia del siglo XIX») del zar Nicolás I Románov, ex oficial del Cuerpo de Pajes, ex paje personal del zar Alejandro II (un privilegio obtenido por haber sido el número uno de su promoción), secretario de la Academia Geográfica Rusa, atraviesa en un coche de punto el Nevski Prospekt, la calle más importante de San Petersburgo. Estudioso y apasionado por las ciencias desde que era niño, no hace ni veinticuatro horas que acaba de presentar con gran éxito ante la Sociedad Geográfica una memoria sobre las formaciones glaciales en Finlandia y en Rusia, lo que le ha valido para ser propuesto como presidente del Comité Geográfico. Un sabio. Pero de pronto otro carruaje hace una extraña maniobra y se interpone en el medio de la calle, marcando con las rodaduras dos perfectas medialunas sobre la nieve. Del carruaje saltan tres, cuatro hombres vestidos de tejedores, y se dirigen al carruaje de Kropotkin. Éste desciende y les dice algo. En ese momento, uno de los tejedores se adelanta y, a la voz de «¡señor Borodín, príncipe Kropotkin, quedáis detenido!», se presenta como policía y le aprehende: la policía política de la

Tercera Sección, la más temida del imperio, ha descubierto que el brillante y joven secretario de la Academia Geográfica lleva una doble vida: los días son de estudio y anhelos científicos, pero por las noches, y para amotinar a las masas, disfrazado de campesino y haciéndose pasar por un tal Borodín, va por los extrarradios de San Petersburgo dictando charlas clandestinas en las que urge a la revolución. ¿La pista que les ha llevado de Borodín al aristócrata?: mientras Kropotkin leía su memoria ante la Sociedad Geográfica la noche antes, la policía, alertada por un chivatazo, ha registrado su casa y ha encontrado su diario y muchos libros y folletos prohibidos; entre otros, un manifiesto firmado por P. A. Kropotkin.

Le llevan detenido a la fortaleza de Pedro y Pablo, una cárcel infausta «cuyo nombre se pronuncia siempre a media voz en Petersburgo»; donde Pedro I atormentó a su hijo Alexis y lo mató con sus propias manos; donde, cuando la celdas se inundaban, las ratas se subían sobre los presos para librarse de una muerte segura; donde Catalina II enterraba vivos a los que no aprobaban el que se hubiese librado de su marido por el eficaz sistema de matarlo; donde habían estado presos Dostoievski y Bakunin; donde Karakózov fue atormentado y murió en la horca; donde los presos per-

manecen aislados en celdas minúsculas que son hornos chorreantes de humedad en verano y glaciares en invierno, y allí, solo en una celda, lo encierran. Cuando consiga escaparse dos años después —en una escena, impagable para el cine, en la que intervienen una vieja bata, un reloj con un mensaje escondido, dos domingos, un vendedor de globos, un alegre violinista y un cochero de grandes mostachos disfrazado de policía— se exiliará a Europa y comenzará una carrera como revolucionario profesional que le acabará situando como uno de los padres del anarquismo mundial.

Pero entonces, es inevitable que surja la pregunta: ¿qué había podido llevar a un noble que se había criado en una familia que poseía más de mil doscientas almas (es decir, siervos varones) en tres provincias distintas, con cincuenta criados en Moscú y casi la mitad más en el campo, con cuatro cocheros, doce caballos, «tres cocineros para los amos y dos para los otros», doce camareros sirviendo la mesa, afinador de pianos, repostero propio, sastres, banda de música, bruñidores de candelabros en palacio, a llevar una doble vida tan radical: progresar a grandes pasos en la prometedora carrera científica, en el papel de príncipe benigno y sabio antiguo, por el día, y disfrazarse de campesino

por la noche para salir a hablar a la clandestina en cualquier aldea a dos docenas de campesinos, cambiando incluso su acento, para incitarles al levantamiento contra el despotismo del régimen de los zares?

Se han señalado dos factores para dar respuesta a esta pregunta: la reacción dolorida e inconformista de Kropotkin ante el sufrimiento y la humillación de los siervos oprimidos por su propia familia (una actitud que también constituiría el impulso fundamental de la obra y la personalidad de otros insignes aristócratas renegados de la época: Tolstói, Turguénev, Bakunin), y la prematura muerte, por tuberculosis, de su madre cuando era aún un niño. Su padre se casó dos años después, y su madrastra, «una joven con un perfil clásico, de la que se decía que era muy bella», hizo desaparecer todas las huellas de la madre de Kropotkin y nunca le prestó, ni a él ni a su hermano, atención. Sin embargo, muchos sirvientes lo acogieron y le dieron un cariño que marcó profundamente al joven huérfano.

Pero todavía: por qué, por qué. Quizá sería mejor fijarnos en el tizón que en la cuerda, quizá Kropotkin no era una *avis* tan *rara* como ahora puede ser considerado, quizá la geografía de Rusia, que es terrible, y su historia, que no lo es menos, tengan algo que decirnos.